

N.º 3

estéticas

É T I C A Y E S T É T I C A

Presentación de la ética

Fernando Sánchez Torres

¿Qué es la bioética?

Gilberto Cely Galindo



**UNIVERSIDAD
CENTRAL**
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES,
HUMANIDADES Y ARTE

Dirección: Nina Alejandra Cabra Ayala

Editor: Yairsiño Oviedo Correa
(Coordinador académico de la FCSHA)

Comité científico

Alejandro Rodríguez

Fernando Cuevas

Nancy Malaver Cruz

Jorge Palomino

David Fernando García

José Manuel Jaramillo



UNIVERSIDAD
CENTRAL

Comité Editorial de la Facultad de Ciencias Sociales, Humanidades y Arte

Nina Alejandra Cabra Ayala

César Báez Quintero

Manuel Roberto Escobar

Nancy Malaver Cruz

Héctor Sanabria Rivera

Ruth Nélide Pinilla

- © *Catecismo de ética médica* (pp. 23-31).
Sánchez, F. (2000).
Editorial Herder.
- © *Curso de bioética: juicio crítico* (pp. 9-26).
Sánchez, F. (comp.). (2007).
Instituto Colombiano
de Estudios Bioéticos.
- © Ediciones Universidad Central
Calle 21 n.º 5-84 (4.º piso).
Bogotá, D. C., Colombia
PBX: 323 98 68, ext. 1556
editorial@ucentral.edu.co

Preparación editorial

Editor: Héctor Sanabria Rivera

Asistente editorial: Nicolás Rojas Sierra

Diseño y diagramación: Patricia Salinas Garzón

Preparación de textos: Yairsiño Oviedo Correa

Concepto original de cubierta:

Laura Tatiana Fernández
(Departamento de Publicidad)

Impreso en Colombia • Printed in Colombia

Prohibida la reproducción o transformación total o parcial de este material por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

DISTRIBUCIÓN GRATUITA

Presentación

Ética, bioética y estética

Fabio R. Trompa A.

Profesor de la Universidad Central. Miembro
del Instituto Colombiano de Estudios Bioéticos (ICEB)

Desgraciadamente, la tecnología se ha puesto
por encima de la inteligencia humana.

ALBERT EINSTEIN

El lector tiene en sus manos un rayo de luz hacia el horizonte, a la manera de una lámpara de Diógenes, en la búsqueda perenne del ideal de un hombre honesto. En efecto, tanto las reflexiones del médico sobre la ética como las del teólogo sobre la bioética se orientan, de una parte, a la comprensión plena de la conducta del ser humano y su idiosincrasia, y, de otra, a su relación existencial con su biota planetaria.

En un mundo dominado por la ruina moral, las reflexiones propuestas por los autores del presente

número de *er*téticas resultan más que necesarias. En efecto, las sociedades contemporáneas están plagadas de conflictos morales de diversa naturaleza, entendidos como “aquellas situaciones en que los mundos sociales o los órdenes morales de los participantes son incompatibles”¹, de tal forma que, hoy, al individuo le es imposible sustraerse del impacto de controversias morales y políticas de todo orden. En todos los casos se apela a nuestra “base de autoridad moral”, forjada a lo largo de nuestra existencia en los grupos o comunidades de pertenencia o socialización (familia, comunidades religiosas, escuela, universidad, gremios, etc.). Los textos aquí presentados buscan una mayor racionalización del actuar ético y bioético, en la mejora de la calidad del discurso y el comportamiento que se exige a un profesional universitario consciente de “su lugar y de su tiempo” y “con un alto sentido de ciudadanía”, como lo enuncia la misión de la Universidad Central.

Si bien los textos han sido elaborados hace algunos años, su vigencia es indiscutible. En primer término, el médico de los partos hace uso de la *mayéutica* (cuya definición

etimológica alude al “perito en partos”), una metodología socrática que consiste en hacer preguntas para provocar el conocimiento en el estudiante. De esta forma, mediante un decálogo de preguntas sencillas, el autor introduce los aspectos nodales relacionados con el tema. Así concluye, en primera instancia, que “la ética es la disciplina que se ocupa de la moral, de algo que compete exclusivamente a los actos humanos y que los califica como buenos o malos, a condición de que ellos sean libres, voluntarios, conscientes”. A partir de allí se observan preguntas relacionadas con el nacimiento de la ética como disciplina, sus conceptos estructurantes como *bien*, *valores* y *principios*, y culmina con una pregunta sobre la reflexión ética. A esta le dedica la mayor atención. El texto se afirma en una ética antropocéntrica, en el sentido clásico del término, en la que el ser humano es el depositario final del patrimonio moral con referencia a cualquier otra especie viva, en una relación plena de subordinación. El ser humano es sujeto de conciencia moral y su conducta atada a la práctica de unos principios y valores.

Después de más de veinticinco siglos de reflexión sobre el quehacer ético, cabe indagar por los aportes más

significativos de la ética en escenarios de creciente incertidumbre moral. Al respecto se indica que: i) sociedades que logran una mayor conciencia ética reducen de forma significativa los costos de transacción asociados esencialmente a los castigos, penas o sanciones; ii) el *ethos*, entendido como el hábito creciente de obrar bien, es la fuente que determina el carácter de una persona y, a su vez, la base de la toma acertada de decisiones frente a dilemas morales y éticos; iii) la ética contribuye al cuidado de sí y al cuidado de otros, el principio básico de solidaridad; iv) la fuerte condición ética del individuo hace que entienda la vida en sociedad bajo el principio de cooperación por encima de la exacerbación del bien egoísta; v) la ética, en sentido práctico, contribuye a la construcción de un auténtico sentido de libertad en los límites del bien ajeno; vi) ayuda, en tal sentido, a saber apreciar las cosas por lo que realmente valen y comprender la dignidad del otro y el sentimiento de la compasión, y vii) en esencia, la ética busca el cumplimiento de una vida plena, en el pensar y el obrar de forma coherente y conforme a la “recta razón”².

² Cortina, A., *¿Para qué sirve realmente la ética?*, Paidós, Madrid, 2013.

De forma integrada, el lector encuentra un segundo texto relacionado con el advenimiento de una nueva disciplina, nacida, según el autor, en el intersticio entre la modernidad y la posmodernidad, la bioética. Se exponen las razones de su génesis y de su necesidad implicada en una nueva ética, menos *antropocentrista* y más avocada a entender al ser humano como parte de la casa común (el hábitat) y en coexistencia con otras manifestaciones de la vida que deben ser cuidadas y conservadas, incluso la del *homo sapiens sapiens*.

La bioética, como lo señala el autor, es ante todo *interdisciplinaria* y ha generado, en los últimos cincuenta años, más preguntas que respuestas en el camino hacia la *autoconciencia* del individuo contemporáneo, fundamentada en sus experiencias. En tal sentido “se ocupa del cuidado responsable y solidario del “*ethos vital*”. Este concepto implica asumir el estudio de tres aspectos esenciales: la conciencia plena de lo que es la vida, los niveles de calidad de vida que son posibles frente a los recursos de que se dispone y la definición del “sentido de la vida” que en la era de los acelerados desarrollos científicos y tecnológicos debe asumirse.

Mencionaría más tarde el autor que, en resumen, “el *ethos* vital contemporáneo es un complejo constructo social, mediado por conquistas *tecnocientíficas* a merced de la dinámica económica dominante, con alto poder de fascinación del imaginario colectivo en irresistibles promesas de bienestar que masajean estratégicamente el mundo insaciable del deseo, del consumo sin límites, de la avaricia”³. En la búsqueda de una bioética con “polo a tierra”, destaca el autor que “el pensamiento bioético se construye cuando se interactúa con la realidad cultural en la cual estamos inmersos y de la cual somos agentes activos y pasivos”. Esta intersubjetividad en una sociedad del riesgo global⁴ se estrecha con las crecientes crisis ecológicas, la excesiva concentración de la riqueza planetaria por la manipulación de los flujos financieros y las amenazas por inseguridad física y alimentaria (la creciente “economía del miedo”). De esta forma, la bioética aborda, en la complejidad del mundo actual, los problemas y posibles respuestas que reclama una “responsabilidad planetaria” frente a estas categorías de riesgos.

³ Cely, G. Bioética, tecnociencia y proceso de globalización. *Argumentos de razón técnica*, 19, 2016, pp. 27-40.

⁴ Beck, U. *Sociedad del riesgo mundial*. Paidós, Barcelona, 2007.

Igualmente, refiere el bioeticista que “el ser humano es la conciencia que la naturaleza tiene de sí misma”, pero la condición humana o las distintas formas de ser humano parecieran no estar en consonancia con esta afirmación. La lucha por forjar una opinión pública global que ha despertado recientes movimientos sociales en diversas partes del planeta son, a larga, un rayo de luz en medio del oscurantismo de *caquistocracias* (el gobierno de los peores) y de una progresiva *aporofobia* (rechazo al pobre), frente masivos procesos de migración forzosa.

A guisa de conclusión, la bioética busca dar una respuesta desde el “humanismo científico”, frente a los dilemas de la supervivencia de la especie humana, que oriente la toma decisiones del individuo y las sociedades frente al cuidado de la vida en sus diversas manifestaciones. La bioética es la macroética del siglo XXI.

Se extraña, finalmente, una relación muy necesaria de la ética y la bioética con la *estética*, sugerida en esta presentación. Podría ser objeto de un nuevo texto frente a los avances que se han presentado en años recientes. A manera de provocación asumo, con Poincaré, que cuando

hablamos de estética nos referimos “a la belleza más profunda, la que procede del orden armonioso de las partes y que puede captar una inteligencia pura” en el estudio y entendimiento de la naturaleza, que es bella y merece ser estudiada, entendida y preservada⁵.

En otro texto el maestro Cely indica que:

Las artes plásticas, la literatura, las religiones y varias teorías éticas han encontrado en la naturaleza una fuente inagotable de inspiración moral y estética por su belleza intrínseca. También los científicos descubren en la naturaleza estímulos estéticos que los llevan a profundizar en el conocimiento interno de los fenómenos [...] admirados por la belleza que invade sus estructuras y sus apariencias.⁶

Se reclama, así, una nueva estética que provoque en el individuo transformaciones profundas en su relación con lo ecológico, mediante la educación en la sensibilidad

⁵ Poincaré, J. H. *Ciencia y Método*, Thomas Nelson, Londres, 1908.

⁶ Cely, G. *Bioética global: homenaje a Van Rensselaer Potter*. Paidós Ibérica, Barcelona, 2007.

(apreciar y buscar lo bello), no como dueño y amo de la naturaleza sino como parte de un sistema.

De esta forma, los artículos aquí publicados son reflexiones fundamentales y necesarias de dos bioeticistas colombianos que, con sus vidas ejemplares y su amplia experiencia, orientan para entender que una “vida sin examen no merece ser vivida”, como diría el viejo filósofo griego.

I Fernando Sánchez Torres (Bogotá, 1930)

Médico, escritor, pintor, bioeticista, profesor de medicina y conferencista nacional e internacional. Fue decano de la Facultad de Medicina y rector de la Universidad Nacional de Colombia. Miembro ejemplar de la Academia Nacional de Medicina, de la que fue su presidente, y autor de la Ley Estatutaria de la Salud. Miembro y presidente del Tribunal de Ética Médica. Pionero y fundador del Instituto Colombiano de Estudios Bioéticos (ICEB) de la misma academia. Ante todo, un humanista en el sentido más auténtico del término. En la actualidad, es miembro permanente del Consejo Superior de la Universidad Central y del Consejo Superior Universitario de la Universidad Nacional de Colombia en representación de los exrectores. De su autoría son más de 23 obras, entre las que se destacan: *Historia de la ginecobstetricia en Colombia*, *Catecismo de ética médica*, *Recuerdos dispersos*, *Reflexiones de un octogenario*, *La medicina en la obra de Gabriel García Márquez* y *Fernando Sánchez Torres. Obra pictórica. Paisajes, bodegones, violencia*.

Catecismo de ética médica

Presentación de la ética

Fernando Sánchez Torres

¿Qué se entiende por ética?

Para precisar el significado de la palabra “ética” se suele invocar su origen. En griego, *ethos* significa costumbre. En un principio, *ethos* hacía relación con una morada, con un lugar de habitación. Más tarde, en la época de Aristóteles, se relacionó con la persona para expresar el sitio donde esta se refugia para rumiar sus intenciones, para asumir actitudes, para tomar determinaciones. Puede deducirse entonces que *ethos* es la fuente donde se nutre la voluntad, vale decir, el yo íntimo o conciencia. “El *ethos* es el suelo firme, el fundamento de la praxis, la raíz de la que brotan todos los actos humanos”⁷.

⁷ Aranguren, J. L. *Ética*. Ediciones Atalaya, Barcelona, 1994, p. 21.

Este prístino sentido —que es como la esencia de la ética— se perdió luego al pasar al latín y trocarse en *mos* (singular), que quiere decir “comportamiento”, “conducta”, y *mores* (plural) que significa “costumbres” o “usos”. Explicable, pues, que los vocablos “ética” y “moral” se manejen de manera ambivalente, que se les dé el mismo significado. Sin embargo, en el fondo existe una gran diferencia. Para el filósofo español José Luis Aranguren, “moral”, en sentido estricto, es la moral vivida y “ética” es la moral pensada⁸. Moral es la forma como nos comportamos y ética es el proceso mental que nos aconseja cómo debemos comportarnos. Abundando en explicaciones, la moral se refiere a la conducta humana ante sí y ante los demás; en cambio, la ética —también llamada filosofía moral— se encarga del estudio de esa conducta para establecer si es buena o mala. “La ética, ha dicho Veatch, no pertenece al orden de las realidades, sino al orden ideal”⁹. Para Adela Cortina, ética es aquella

⁸ Ibíd., p. 16.

⁹ Veatch, H. B. *Ética del ser racional*. Nueva Colección Labor, Barcelona, 1972, p. 29.

dimensión de la filosofía que reflexiona sobre la moralidad¹⁰. La misma autora advierte que la ética no puede confundirse con el conjunto de normas y valoraciones generadas en el mundo social¹¹.

En términos prácticos —que es como deseo transitar el difícil terreno de la ética—, la ética es la disciplina que se ocupa de la moral, de algo que compete exclusivamente a los actos humanos y que los califica como buenos o malos, a condición de que ellos sean libres, voluntarios, conscientes. Vale la pena insistir sobre lo anterior: los actos de los niños o de los dementes no pueden ser sometidos al escrutinio ético, como tampoco los de aquellos que fueron forzados a obrar mediante coacción física o mental.

¿Cuándo y dónde nació la ética?

La ética nació cuando el hombre comenzó a interrogar su conciencia acerca de la bondad o maldad de sus actos. Imposible establecer la fecha y el sitio. Lo que sí se sabe es

¹⁰ Cortina, A. *Ética sin moral*, Editorial Técno, S.A., Madrid, 1995, p. 29.

¹¹ *Ibid.*, p. 29.

que ese raciocinio, en forma sistematizada, lo iniciaron los pensadores griegos inmediatamente anteriores al filósofo Sócrates, quien vivió entre los años 469 y 399 antes de Cristo. A esa disciplina la denominó Aristóteles “ética”.

¿Quiénes iniciaron la ética como disciplina?

Al revisar la historia de la ética se encuentra que esta se originó con los filósofos tenidos como sofistas, particularmente con Protágoras y Gorgias, pues ellos fueron los primeros que hablaron del deber como virtud, que según su criterio no era otra cosa que ser buen ciudadano, acatando lo convencional en cada Estado. No obstante, fue Sócrates quien planteó el problema filosófico capital de la ética: la distinción entre el bien y el mal¹². Para él, la sabiduría suprema solo se alcanza cuando somos capaces de distinguir los bienes de los males. La única virtud existente es el conocimiento; por lo tanto, el hombre solo es virtuoso cuando conoce el bien, no lo confunde con el mal. Esa distinción, además, únicamente puede

¹² MacIntyre, A. *Historia de la ética*. Ediciones Paidós Ibérica, Barcelona, 1991, p. 33.

hacerse en lo más íntimo del individuo, en su morada interior, en su *ethos*. Para Sócrates ese recinto aloja el alma, la conciencia, la cual debe ser perfeccionada y ennoblecida para alcanzar la felicidad, que para él era el mismo conocimiento. Quien lo alcanza ha logrado la perfección moral.

¿Qué se entiende por “bien”?

Desde la época de Sócrates, quienes especulan con las ideas —los filósofos— han tratado de definir lo que es la bondad, el bien, asunto este que es el meollo de la ética. Pese a que durante los veinticinco siglos que nos separan de Sócrates haya surgido infinidad de escuelas o corrientes morales, no hay aún acuerdo acerca de lo que es el bien. Esta proliferación de posturas filosóficas ha sido causa de confusión y alejamiento de la reflexión ética. No faltan quienes afirmen que el retraso de que adolece el saber ético se debe al reiterado intento de los filósofos por definir la bondad¹³.

¹³ Moore, G. E., citado en Rodríguez, L. *Deber y valor*. Editorial Tecnos, Madrid, 1992, p. 27.

Contaminación ambiental
Óleo sobre lienzo, 70x50 cm, 1993





La bondad ética tiene que ver particularmente con el hombre, con los actos que este ejecute libremente y que vayan a beneficiarlo a él o al *otro*. El fin deseable es, pues, alcanzar el bienestar propio o ajeno, que a su vez involucra lo bueno. Es esta una interpretación, además de tautológica, francamente utilitarista, pero que en determinadas circunstancias puede tener perfecta aceptación; en ética general probablemente no, pues el concepto axiológico o valorativo de bien, de bueno, carece de unánime aceptación.

¿Existe una definición de “bien” que se identifique con lo que cada uno piensa que es el bien?

Ese es, como ya mencioné, el quid que no ha resuelto la ética. Como diría Platón¹⁴, se ha carecido de inteligencia frente a la idea de bien. Así las cosas, habría que aceptar, con enfoque práctico, que no es mediante la ciencia sino mediante el sentido común como podríamos entender lo

¹⁴ *La República*. Editorial Panamericana, Bogotá, libro VII, s. f., p. 186.

que es el bien. Frente a tan gran diversidad de criterios, la posición más inteligente podría ser la que recomienda el filósofo Cornford: en última instancia será cada individuo quien habrá de juzgar por sí lo que constituirá la bondad de su conducta¹⁵.

¿Cuáles son los fundamentos de la ética?

Por fundamento se entiende aquello que sirve de base de sustentación a una cosa o a una idea. Siendo así, ¿en qué se sustenta la ética para propiciar el bien?

El eje central de la ética es el Hombre, escrito con mayúscula, como lo hacía Teilhard de Chardin. A propósito, este ilustre pensador afirma que el Hombre es centro de perspectiva y construcción del Universo. “Por conveniencia —añade— tanto como por necesidad es, pues, hacia él hacia donde hay que orientar finalmente toda Ciencia. Si realmente ver es ser más, miremos al Hombre y viviremos más intensamente”¹⁶. La ética teó-

¹⁵ Cornford, F. M. *Antes y después de Sócrates*. Ariel, Barcelona, 1981, p. 42.

¹⁶ Chardin, T. *El fenómeno humano*. Taurus Ediciones, Madrid,

rica o filosofía moral ha sido considerada por algunos como una ciencia cuya finalidad es propiciar el bien o la felicidad del hombre. Se trata entonces de una ciencia fundamentada en valores y principios morales relacionados con el bien mayor de la naturaleza: el Hombre. Su papel es velar por la vigencia de esos valores y principios, que son los que le dan la dignidad a aquel. Entiéndase que, cuando hablo del Hombre, me refiero al representante de la especie humana, que involucra al varón y a la mujer.

¿Qué son los valores?

“Valor” es la propiedad o cualidad *sui generis* que poseen ciertos objetos llamados “bienes”; estos, a su vez, equivalen a las cosas valiosas. En otros términos, los bienes son las cosas más los valores incorporados a ellas. Esas propiedades o cualidades son irreales, no tienen corporalidad, pero son valiosas, estimables en sentido espiritual, abstracto¹⁷. Ha dicho Adela Cortina: “El valor

1974, p. 45.

¹⁷ Frondizi, R. *¿Qué son los valores?* Fondo de Cultura Económica, México, 1986, p. 15.

no es un objeto, no es una cosa, no es una persona, sino que está en la cosa (un hermoso paisaje), en la persona (una persona solidaria), en la sociedad (una sociedad respetuosa), en un sistema (un sistema económico justo), en las acciones (una acción buena)”¹⁸.

¿Cómo se hace para conocer los valores?

Como todo en lo moral, los valores tampoco han escapado a la interpretación particular de los filósofos. Uno de ellos, Cornford, ya citado, dice que el conocimiento de los valores es intuición directa, como ver que el cielo es azul o la hierba verde¹⁹. Precisamente, la forma como se aprehenden los valores ha sido motivo de muchas discusiones²⁰. J. Hessen, luego de revisar las principales posiciones filosóficas al respecto, expresa que nuestros juicios morales de valores pueden ser producto de un conocimiento discursivo-racional pero, sobre todo, de-

¹⁸ Cortina, A. *El mundo de los valores. Ética y educación*. El Búho, Bogotá, 1997, p. 33.

¹⁹ *Antes y después de Sócrates*, p. 42.

²⁰ Hessen, J. *Teoría del conocimiento*. Editorial Losada, Buenos Aires, 1963, pp. 92-103.

ben basarse en una experiencia y aprehensión inmediata, emocional. El íntimo valor, la verdadera cualidad valiosa de sentimientos como la justicia, la templanza y la pureza, solo puede experimentarse y vivirse inmediatamente; solo puede conocerse intuitivamente²¹. Hutcheson, citado por Hessen, sostiene que, así como nuestro sentido visual percibe inmediatamente los colores, el sentido moral percibe las cualidades valiosas de una acción o de una intención²². Según esto, el conocimiento del valor, adquirido por conducto del sentido moral (la conciencia) sería producto de la intuición no sensible o espiritual. Teóricamente, la intuición no puede aspirar a ser un medio de conocimiento autónomo, con el mismo significado del conocimiento racional discursivo. “Toda intuición ha de legitimarse ante el tribunal de la razón”²³.

²¹ Ibid., p. 101-102.

²² Ibid., p. 92.

²³ Ibid., p. 98.

¿Para qué sirven los valores?

¿Qué son los principios?

Sirven de fundamento a las reglas con las cuales el individuo gobierna sus propias acciones. Esas reglas son los “principios morales”, vale decir, las normas o ideas fundamentales que rigen el pensamiento y la conducta. Pueden considerarse los principios como guías abstractas de acción. Sin reglas —escribió Hume— los hombres ni siquiera pueden cruzarse en un camino²⁴. Apelar a un principio en ética —dice Toulmin— es apelar a una ley en ciencia²⁵. Ha de tenerse en cuenta que un firme sistema de valores y principios es indispensable cuando se quiere adoptar una resolución razonable, ética.

Sin duda, tener conciencia de lo moralmente valioso es facilitar el cumplimiento del deber. Es que —como dice L. Rodríguez— en la noción de valor está la llave que

²⁴ Hume, D., *Investigación sobre los principios morales*. Espasa-Calpe, Madrid, 1991, p. 78.

²⁵ Toulmin, S., *El puesto de la razón en la ética*. Alianza Editorial, Madrid, 1979, p. 160.

nos permite acceder a los fenómenos de la vida moral²⁶. Son tenidos como valores específicamente morales, entre otros, la libertad, la justicia, la solidaridad, la honestidad, la tolerancia, la disponibilidad al diálogo, el respeto humanitario²⁷. En tanto no se aprehendan los valores y principios, no será posible adelantar una correcta reflexión ética.

¿Qué es la reflexión ética?

El actuar moral, vale decir el cumplimiento del deber, no es producto exclusivo de la conciencia. Kant decía que esta es el sentido del deber, pero ese sentido no se origina por palpitos ni es absolutamente autónomo, sino que es alimentado por influencias externas. No olvidemos que la conciencia es transmitida por nuestra misma inteligencia, por nuestro cerebro. Así lo creían con iluminada razón los médicos hipocráticos²⁸. Y la inteligencia, nadie lo duda, es susceptible de ser educada, de ser ejercitada.

²⁶ Rodríguez, L., *Deber y valor*, p. 123.

²⁷ Cortina, A., *El mundo de los valores*, p. 46.

²⁸ *Tratados hipocráticos*. Gredos, Madrid, L. I, p. 417.

Cuando adjudicamos a una acción el predicado de “buena” o de “mala”, ese juicio de valor debe estar respaldado por una norma de moral o unidad de medida. Amar la patria o respetar la dignidad de nuestros semejantes, que son deberes de cualquier persona, se hacen conscientes no por generación espontánea, sino por habérselos inculcado desde la edad escolar.

La moral, entonces, no tiene solo un componente subjetivo o de conciencia, sino que para concretarse requiere además un componente objetivo. Por supuesto que aquel es el que le proporciona al actuar moral su más puro y trascendental ingrediente ético, pues lo suministra la misma persona, con miras a cumplir con su deber (lo que *debe* hacerse), luego de un proceso reflexivo, voluntario, racional. Por eso los moralistas llaman a la conciencia “la norma subjetiva de moralidad”. La conciencia, dice Varga, no es ningún ente misterioso; es sencillamente nuestro mismo entendimiento en tanto se ocupa de juzgar la rectitud o malicia de una acción²⁹. A esa moral subjetiva

²⁹ Varga, A.C. *Bioética. Principales problemas*. Paulinas, Bogotá, 1988, p. 27.

la llama Fromm “conciencia humanística”³⁰. El papel que desempeña la moral subjetiva o conciencia es, sin duda, trascendente, pues es la que en última determina el camino que debemos tomar en las situaciones ordinarias de nuestra vida. No obstante que seguir la senda que mejor nos parezca es, o mejor, debe ser, una determinación libre, no significa que haya de ser una elección arbitraria. El ejercicio de la conciencia moral, como dice Malherbe, consiste en distinguir, entre las posibles soluciones de una situación dada, aquella que permita preservar la autonomía de los seres humanos implicados en esa situación³¹. Precisamente, para evitar arbitrariedades o extravíos, la sociedad —llámese Estado o Iglesia— ha fijado normas de conducta que, como ya dije, iluminan el camino para facilitar el rumbo que decida seguir la conciencia. La autoridad de esas normas radica en que están sustentadas en valores y principios morales. Explicable entonces que sean consideradas como una conciencia autoritaria o como un imperativo categórico.

³⁰ Fromm, E. *Ética y psicoanálisis*. Fondo de Cultura Económica, Bogotá, 1957, p. 172.

³¹ Malherbe, J-F. *Hacia una ética de la medicina*. San Pablo, Bogotá, 1993, p. 63

Debo insistir en que no basta sujetar nuestra conducta a esa conciencia o moral objetiva para aceptar que nuestro actuar es ético. Kant decía que la ética solo se interesa por las intenciones, es decir, que atañe a la bondad intrínseca de las acciones³². Si actuamos según las leyes, más por miedo al castigo que por repulsión a las malas acciones, ese actuar es parcialmente moral. Para que sea completamente moral debe haber sido sometido al juicio de la conciencia. Es obrar, como quería Aristóteles, conforme a la recta razón³³.

Según Singer, para asentar la ética práctica sobre una base firme, lo que hay que demostrar es que el razonamiento ético es posible³⁴. Es de suponer que cualquier persona con capacidad reflexiva está en posibilidad de discernir éticamente, a condición de que lo haga con claridad y coherencia. Lo que se necesita para elegir una cosa en lugar de otra es una buena razón³⁵. Sin duda,

³² Kant, I. *Lecciones de ética*. Crítica, Barcelona, 1988, p. 114.

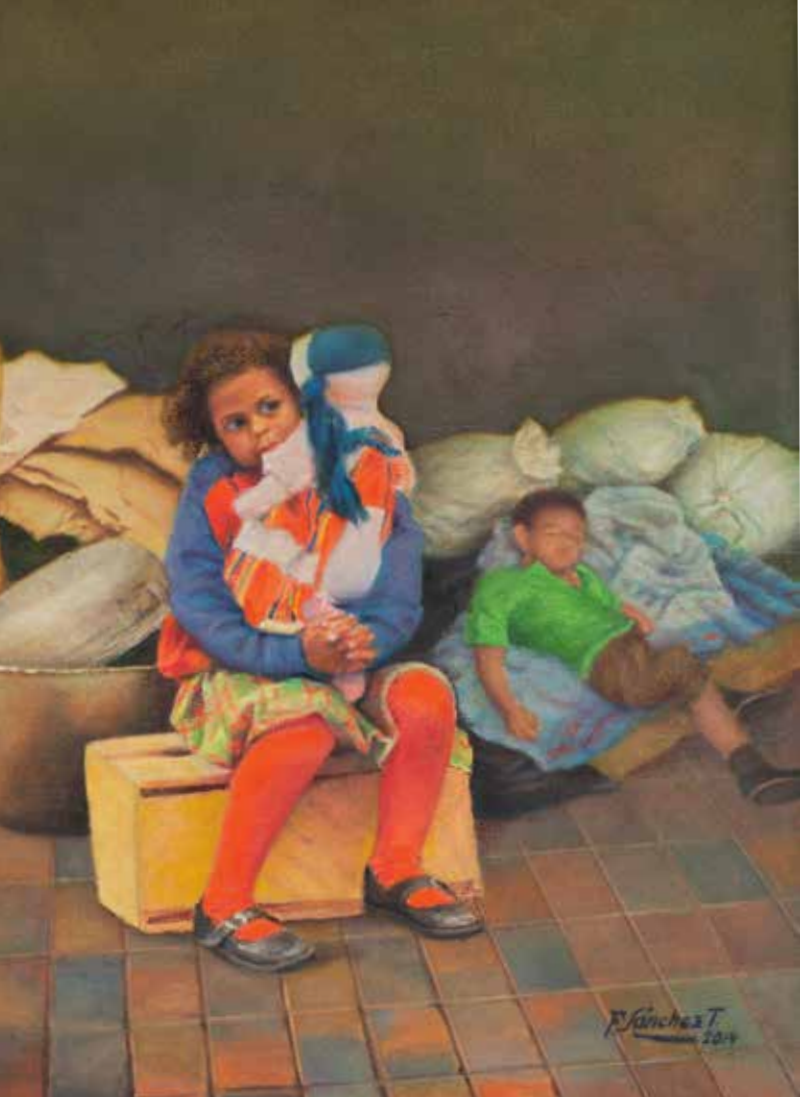
³³ Aristóteles. *Ética Nicomaquea*. Bedout, Medellín, 1982, p. 38.

³⁴ Singer, P. *Ética práctica*. Ariel, Barcelona, 1991, p. 19.

³⁵ *El puesto de la razón en la ética*, p. 59.

el pensamiento moral solo es posible con mente clara, pues en él no caben la ambigüedad ni la equivocación. Como dice Toulmin³⁶, un problema central de la ética es distinguir los argumentos válidos de los inválidos. Esa distinción, por ser tan compleja y delicada, corre a cargo de quienes, en plan de filósofos científicos, se ocupan de darles a los argumentos éticos “validez universal”, es decir, pugnan para que sus razonamientos sean dignos de aceptación general.





Desplazados (II), (inspirado en foto, archivo de El Tiempo)
Óleo sobre lienzo, 40x30 cm., 2014

| Gilberto Cely Galindo (Neiva, 1944)

Sacerdote jesuita, teólogo, filósofo, comunicador social, bioeticista y humanista. Magíster en Teología Moral y en Planeación Urbana y Regional, de la Pontificia Universidad Javeriana. Desde los años ochenta se ha dedicado a la investigación, la docencia y la producción académica en la novel disciplina de la bioética. Profesor de ética de la comunicación y de bioética, y decano del medio universitario en las facultades de Ciencias Económicas y Comunicación Social. Algunos libros de su autoría son *El horizonte bioético de las ciencias*, *Temas de bioética ambiental*, *Bioética. Humanismo científico emergente*, *Bioética global*, entre otros. En la actualidad es capellán y profesor de la Pontificia Universidad Javeriana sede Bogotá. Miembro y exdirectivo del Instituto Colombiano de Estudios Bioéticos (ICEB) de la Academia Nacional de Medicina.

Antecedentes históricos

Entre los años 50 y 60 del siglo xx confluyeron acontecimientos mundiales de alta significación que pusieron en crisis la jerarquía de valores y modos de vida de la sociedad occidental. Por esta época, la cultura de la modernidad, caracterizada por los avances tecnocientíficos llevados a la industrialización y que moldearon expectativas de vida buena, también llamada “calidad de vida”, comenzó, digo, la modernidad a caer bajo sospecha ante macroevidencias de que las cosas no andaban bien en la cultura. La cultura occidental aumentaba en turbulencia, se enrarecía moralmente cada vez más, aparecían fuerzas ocultas que conducían la convivencia humana y el hábitat a condiciones de macrorriesgo nunca vistas antes.

Sus críticos se constituyeron progresivamente, hacia los años 70, en una fuerza pensante de insatisfechos que vinieron a conformar una propuesta cultural alternativa denominada posmodernidad³⁷, con el reclamo de una nueva ética para las condiciones postmodernas.

El gran desarrollo de la física de los años 30 —¡motor gigantesco de la tercera gran revolución industrial!—, que ha llevado al hombre a viajar por el planeta y el cosmos, a facilitar las comunicaciones y telecomunicaciones más prodigiosas, a construir redes invisibles de informática, a conectar virtualmente a todos los seres humanos en internet, a dotar los hogares de infinidad de electrodomésticos, es la misma física que ha envenenado las aguas, los suelos y el aire con sus desechos industriales; ha incrementado el calentamiento de la atmósfera con el efecto invernadero; ha ocasionado las lluvias ácidas destructoras de bosques y fauna; ha debilitado la capa de ozono, y, además, esa misma física maravillosa no para en amenazas de muerte con el desarrollo de todo

³⁷ Habermas prefiere el nombre de “modernidad tardía” al de “postmodernidad”, introducido por Jean-François Lyotard, en su libro *La condición postmoderna*.

tipo de armamentismo perverso y nuclear, de terribles consecuencias destructivas de la biósfera.

El hombre sobreviviente de las dos guerras mundiales, desolado y traumatizado, para nada ha quedado agradecido con la física y sus inventos amenazantes de la vida. Tampoco el hombre contemporáneo percibe paz y seguridad, condiciones básicas para una vida buena, ante el incremento del poder bélico y los turbios intereses políticos de dominación que allí se atrincheran, a pérdida de relaciones de justicia y equidad al interior de las naciones y de ellas entre sí.

La biología molecular, la bioquímica y la genética, famosas a partir de los años 50, en asocio con la física, han tomado el liderazgo de intervenir el fenómeno de la vida en el planeta, incluyendo la vida humana, con objetivos altruistas, en su mayoría, de mejorar la salud, producir más y mejores alimentos, pero también otros propósitos como aquellos eugenésicos de dudosa ortografía y de armas químicas y microbiológicas que son el terror de la civilización por su fácil fabricación en manos criminales y efectos devastadores.

El prodigioso desarrollo de las ciencias biológicas ha tenido en la medicina su principal objetivo, con sus inventos biomédicos sorprendentes en farmacopea, medios diagnósticos cada vez más específicos, cirugía de alta ingeniería, genómica predictiva y próximamente terapéutica. Las ciencias médicas, a partir de los años 60, gracias a las novedades de las ciencias biológicas, se dispararon en multitud de especializaciones y subespecializaciones, e introdujeron profundos cambios en su quehacer y en su ética, lo que condujo a una incertidumbre moral ante el inmenso poder y responsabilidad que las tecnociencias otorgan a la praxis médica³⁸. Cuando nace la palabra *bioética* en el año 70, la

³⁸ Definitivamente, los años 60 marcan cambios radicales en la noble labor de la medicina. Enumeremos algunos. Por los años 60, ligados a una política internacional de control demográfico, aparecieron los métodos anticonceptivos, que ocasionaron una enorme controversia moral en el mundo por sus implicaciones esterilizantes y abortistas. La donación y el trasplante de órganos, concretamente de corazón, dejaron sin piso el concepto de “integridad física de la persona humana y del cadáver”, que tradicionalmente había sido un dogma de la ética médica. Desde los 80, los métodos de procreación humana asistida no menos turbulencia ética han producido en los objetivos de la medicina. La sociedad civil entra en el debate político, y enreda consigo el acto médico sobre legalización de la eutanasia. Las posibilidades de aplicaciones médicas del cultivo de células

medicina se ilusiona con ella, pues la toma como su ética, que promete resolverle las innumerables incertidumbres morales.

Por otra parte, la investigación en ingeniería genética no para en sus propósitos transgénicos sobre microorganismos, plantas y animales. El tema de la clonación,

madres, tanto embrionarias como de células adultas, están en la cúspide de los problemas éticos. Las investigaciones biomédicas y quirúrgicas en seres humanos no han logrado quitarse el lastre histórico de aquellas realizadas con toda servicia racista y homicida por médicos nazis en los campos de concentración. El desarrollo vertiginoso de tecnología médica, especialmente en medios diagnósticos específicos, trae consigo también un alto costo y rápida obsolescencia que, además de encarecer el servicio de salud, se interponen como mediación tecnológica obligada entre el paciente y la pericia del médico, no siempre con beneficios para ambos. También las mediaciones legales e institucionales del complejo servicio de salud, como el reclamo cada vez mayor que los pacientes hacen de sus decisiones autonómicas, han debilitado el principio de beneficencia tan valioso tradicionalmente en el ejercicio de la medicina, lo que ocasiona que los médicos estén expuestos a demandas por mala praxis profesional. A la medicina contemporánea se le aplauden las ganancias en el control de epidemias, en el mejoramiento de la salud pública, en el control de la natalidad, en sofisticadas cirugías restaurativas y en correr las fronteras de la longevidad, pero a la vez se le critica cáusticamente a la medicina que esté propiciando llenar de ancianos inútiles y costosos al mundo contemporáneo.

por ejemplo, que se está haciendo rutina en muchos laboratorios e involucra a la medicina, no deja el deseo temerario de hacerlo también en seres humanos, pues, si ya se logró clonar la oveja, ganas no faltan de clonar al pastor. Los intereses de las ciencias biológicas también levantan sospechas éticas a nivel mundial y disparan alarmas sobre los macroimpactos de difícil prevención, control y restauración, una vez afectados los ecosistemas.

También por los años 60, la filosofía política entró con furia a subvertir el orden de esclavitud y colonialismos en el entorno mundial, y alimentó revoluciones todavía inconclusas en nuestros días. La Guerra Fría tuvo un desfogue con la caída del muro de Berlín, pero la tensión mundial no ha dejado de tener focos de perturbación de la paz en múltiples territorios que siguen sembrando muerte y destrucción, a la vez que pérdida de sentido existencial y enrarecimiento del *ethos* vital.

La economía, a partir de los 60, ha cabalgado a galope suelto sobre los lomos indómitos del neoliberalismo capitalista. La economía se alió con la tecnociencia y

la política como estrategia de producción de riqueza. ¿Qué tipo de riqueza? ¿Riqueza para quién? ¿Quién gana y quién pierde con estas alianzas? ¿Qué concepto ético subyace en el neoliberalismo capitalista? ¿Cuál es el aporte de la economía a la construcción de una sociedad justa y equitativa? ¿Quedaron la tecnociencia y la economía a merced de turbios intereses de la política internacional? Muchas preguntas se le hacen a la modernidad, nacidas todas de los efectos nefastos de las fuerzas ocultas del mercado que hunden sus raíces en la racionalidad del beneficio sin límites, en la confianza absoluta de la inteligencia humana para resolverlo todo con la ciencia y la tecnología, y en la falsa creencia de que el planeta es una despensa de recursos naturales sin límites.

Al respecto dice Josetxo Beriain:

La modernidad se sustenta sobre una infraestructura imaginaria, la expansión ilimitada del *dominio racional* que funge como racionalización de la “voluntad de dominio”. Esta penetra y tiende a informar la totalidad de la vida social (por ejemplo, el Estado, los

ejércitos, la educación, etc.), a través de la revolución perpetua de la producción, del comercio, de las finanzas y del consumo.³⁹

En síntesis, la bioética nace a caballo entre la modernidad y la postmodernidad, puesto que a problemas nuevos soluciones nuevas. Es decir, se requiere el nacimiento de una ética nueva que atienda apropiadamente los problemas que aquejan la vida del hombre contemporáneo en la sociedad tecnocientífica, ante la insuficiencia de la ética de cuño filosófico y de la teología moral dominantes en Occidente.

Van Rensselaer Potter, padre de la bioética

En la mente creadora de Van Rensselaer Potter, la bioética surge de la necesidad de establecer un “puente” o diálogo interdisciplinario entre las ciencias positivo-empirico-analíticas y las histórico-hermenéuticas, que la modernidad había infortunadamente disociado, lo que

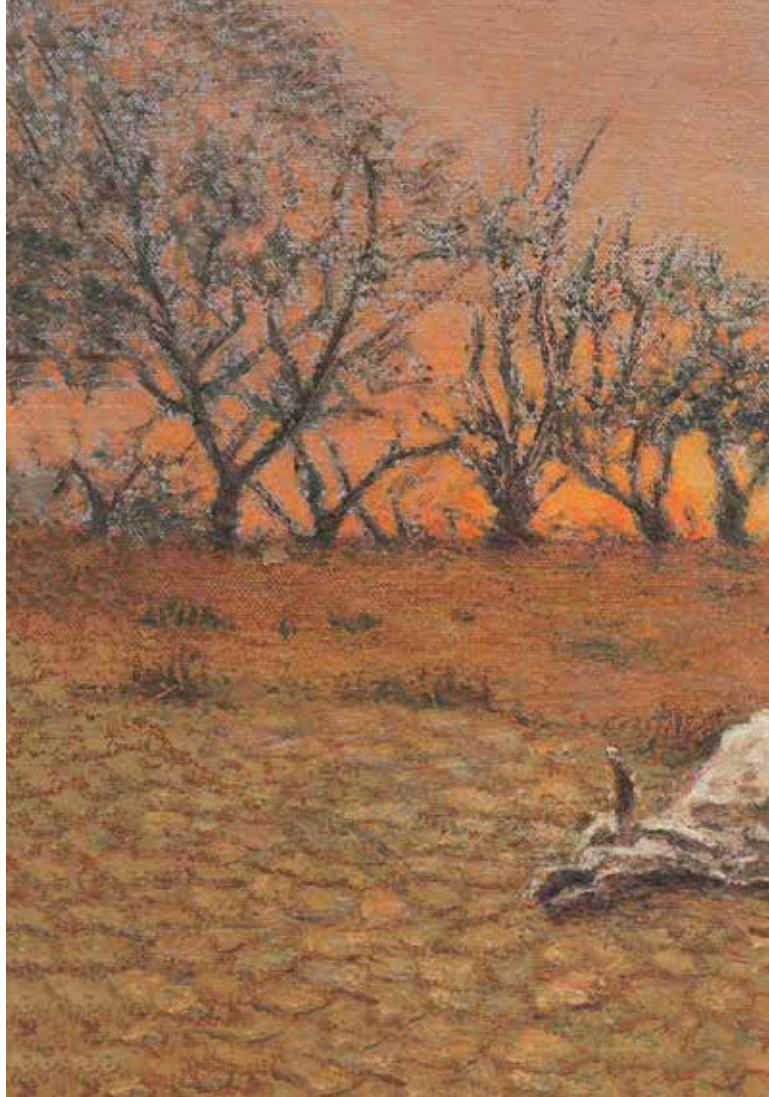
³⁹ Beriaín, J. Prólogo de *Las consecuencias perversas de la modernidad*. Anthropos, Barcelona, 1996, p. 12.

llevó a la pérdida el espesor moral de la sociedad. Dice Potter⁴⁰:

El objetivo de este libro es contribuir al futuro de la especie humana promoviendo la formación de una nueva disciplina, la Bioética. Si existen dos culturas que parecen incapaces de hablar entre sí —las ciencias y las humanidades—, y si esta es en parte la razón de que el futuro se vea dudoso, entonces, tal vez, podríamos construir un puente entre las dos culturas.

El primer grupo de ciencias, privilegiado por la modernidad, busca saber acerca del hombre y del mundo para intervenirlos tecnocientíficamente y procurar mejores condiciones de supervivencia. Y las ciencias humanas, también llamadas histórico-hermenéuticas, se ocupan de aportar un horizonte de *sentido* para el quehacer del hombre en el mundo.

⁴⁰ Potter, Van R. *Bioethics, bridge to the future*.
Printice Hall, Englewood Cliffs, New York, 1971.





Sequia violenta

Óleo sobre lienzo, 35x25 cm., 2014

El desarrollo inusitado de la investigación científica y de sus implicaciones tecnológicas de alto riesgo, tanto para la vida humana como para la sostenibilidad de los ecosistemas, ha venido alertando éticamente acerca de la urgente necesidad de volver nuestra mirada sobre la articulación humana con el *oikos* (casa terrenal): el espacio de totalidad del fenómeno de la vida, donde la vida humana emerge en procesos cada vez más complejos de espiritualización hasta la constitución de la conciencia.

Hacia los años 70 nace la bioética para dar respuestas individuales y colectivas a la pregunta angustiada por la *finalidad* del trabajo de las ciencias y los valores morales que van con su desarrollo, a sabiendas de que dichas ciencias son las jalonadoras de la sociedad del conocimiento, también llamada “sociedad del riesgo”, donde la vida como tal recibe las máximas amenazas.

La sociedad del conocimiento abre infinidad de opciones a la inteligencia especulativa humana para dotarse de mejores condiciones de vida, pero no existen opciones sin riesgos pequeños o grandes, a corto o a largo plazo, siendo las de largo plazo de difícil prevención y control

por su alto grado de indeterminación e incertidumbre. La bioética, entonces, es la ética nueva interdisciplinaria que requiere la nueva sociedad del conocimiento para garantizar el futuro del hombre y del planeta, de modo que se minimicen los riesgos posibles como llamado de atención sobre la responsabilidad de la ciencia, a sabiendas de que la ciencia ha perdido la inocencia.

Desde su nacimiento, la bioética es una actividad interdisciplinaria que busca hermanar al ser humano con el mundo y establecer un nexo ético que asegure exitosamente el futuro de ambos. Así fue la intuición del bioquímico Van Rensselaer Potter, investigador en oncología de la Universidad de Wisconsin, quien asume en perspectiva ética los postulados ecológicos del ingeniero forestal Aldo Leopold. En otras palabras, la base conceptual de la bioética, o ética de la vida, es el *ethos* natural del cual sabe la ecología, para que la vida cultural no antagonice con las dinámicas bióticas y abióticas. Afirma Aldo Leopold:

La ética, en un comienzo, se ocupó de establecer las relaciones entre los individuos. El Decálogo de Moisés es un ejemplo. Ulteriores avances regularon las rela-

ciones entre los individuos y la sociedad. La Regla de Oro trata de integrar al individuo en la sociedad. La democracia lleva la organización social a los individuos.

Aún no existe una ética que se ocupe de la relación del hombre con la Tierra, y con los animales y plantas que crecen en ella. La Tierra, como las esclavas de Ulises, es tratada únicamente como propiedad. La relación del hombre con la Tierra es estrictamente económica; implica sólo privilegios, no deberes.

La extensión de la ética a este tercer elemento del medio ambiente es, si leo correctamente la evidencia, una posibilidad evolutiva y una necesidad ecológica. Es el tercer paso en una secuencia. Los dos primeros ya se dieron. Desde el tiempo de los profetas Ezequiel e Isaías, pensadores aislados ya habían afirmado que el abuso de la Tierra es no sólo contraproducente sino moralmente malo. Con todo, la sociedad no ha afirmado todavía su creencia. Miro el movimiento presente de preservación de la Tierra como el embrión de tal afirmación.⁴¹

⁴¹ Leopold, A., *A Sand County Almanac, with other essays on conservation from Round River*. Oxford University Press, Nueva York, 1949, pp. 218-219.

Después de su surgimiento, al inicio de la década de los setenta, la bioética ha experimentado grandes desarrollos, debido al sinnúmero de cuestiones éticas que afectan el ser y la posibilidad de todo tipo de vida, natural y cultural; así, han aparecido las llamadas bioéticas regionales, clasificables ellas en micro-, meso- y macrobioética. Por ejemplo: la bioética médica o clínica es aquella que se hace en torno a problemas biomédicos, y cuyo interés en la salud humana es preventivo y terapéutico; la bioética de la investigación científica, especialmente en seres humanos; la bioética ecológica o ecoética, reclamada por Potter como *deep ecology*, cuyo interés se dirige a la conservación sustentable del medio ambiente; la bioética filosófica⁴² o fundamentos filosóficos de la bioética, donde se pone de manifiesto la fuerza de la

⁴² Mientras muchos autores se esfuerzan por adscribir a la bioética a una u otra corriente teórica de la filosofía práctica y a las llamadas éticas aplicadas, otros niegan la subsidiaridad de la bioética respecto de la filosofía. Quienes así piensan, argumentan las improntas interdisciplinaria, dialógica, hermenéutica y sapiencial de la bioética como excluyentes de adscripción a monodisciplina alguna. Vistas las cosas así, la filosofía y sus diferentes escuelas o corrientes y métodos es una de tantas disciplinas que participan dialógicamente con méritos pares, tanto en la constitución teórica de la Bioética, como en los debates casuísticos.

razón en torno a las conductas éticas del hombre como ser biológico-pensante, y la bioética económico-política, también llamada biopolítica, que busca explicitar éticamente la toma de decisiones macro- sobre la economía de los ecosistemas a nivel internacional. Hasta la teología está incursionando en estos temas para orientar la moral con los aportes científicos actuales. Teólogos morales de gran renombre, católicos y protestantes, han estado presentes desde los orígenes de la bioética. Teilhard de Chardin, por ejemplo, es un excelente teólogo científico y místico que propuso una cosmovisión de gran profundidad bioética, sin proponerse el uso de este término.

En la toma de decisiones, tanto de los profesionales de la salud con sus pacientes a nivel interpersonal como de los centros hospitalarios, las empresas farmacéuticas, los centros de investigación científica, las universidades y los gobiernos que fijan políticas y reglamentaciones, se presentan conflictos fundamentales que se deben dirimir con criterios bioéticos. Infortunadamente, no hay claridad suficiente, ni en los aspectos conceptuales ni en los legales. Parece que los avances de la investigación científica y sus aplicaciones en la bio-tecno-medicina van más

rápido que la valoración humanística, ética y legal de aquellos. Los gobiernos van a la zaga de dichos avances y la legislación es muy precaria para defender al hombre de sus propios inventos, así como de los impactos ambientales de los progresos científicos y tecnológicos.

La bioética como saber interdisciplinario en construcción

Las ciencias experimentales ofrecen un soporte objetivo al conocimiento que fundamenta la toma de conciencia del ser en el mundo. Porque no hay conciencia sin experiencia, y esta última no se concibe sin el respectivo proceso analítico-social de la conciencia, que conduce necesariamente a la *autoconciencia*, punto nodal de la bioética. De esta manera, las formas del conocimiento son articulaciones básicas a través de las cuales la totalidad de la experiencia llega a ser inteligible para el hombre.

No se trata solamente de asimilar hechos o de adquirir información, sino fundamentalmente de apropiarse de esquemas conceptuales o paradigmas que se conviertan en sistemas de relación y de juicio que sirvan para en-

focar y comprender cualquier aspecto de la experiencia. Dichos paradigmas no deben ignorar los sentimientos y emociones, lo mítico y poético, así como la ética y la estética, y demás estados y procesos de la mente considerados también como cognitivos, porque ellos forman parte del universo de la vida, de ese vasto tejido humano interactuante con los ecosistemas que llenan de sentido valorativo el concepto de hombre en y con el mundo.

Tanto las ciencias empírico-analíticas como las histórico-hermenéuticas tienen hoy en la naturaleza un referente obligante de comprensión, fuente de sentido vital, a la cual debemos servir con todas las fuerzas del afecto agradecido y de la inteligencia ilustrada, para sanarla de todos los daños que le hemos causado y preservarla de nuestros malos modales. Todas las formas del saber deben llevarnos a conocer, amar y servir la vida en todas sus manifestaciones, de manera semejante a como lo abiótico está en servicio ineludible de la masa biótica. El respeto, el amor y la responsabilidad con la madre Tierra son un urgente paradigma moral de supervivencia reclamado por Van Rensselaer Potter en su propuesta de bioética global.

Sugiero que entendamos por *bioética* un saber interdisciplinario e histórico-hermenéutico en permanente construcción, que de manera holística se ocupa del cuidado responsable y solidario del *ethos* vital. Esto implica correr cada vez más las fronteras del conocimiento y de la justa valoración sapiencial acerca de tres aspectos fundamentales: *saber qué es la vida, cuál es el tipo de calidad de vida que deseamos y cuál es el sentido de la vida que podemos compartir los seres humanos actuales sin detrimento del hábitat y de las futuras generaciones.*

La vida nos pertenece como don, en cuanto su anterioridad es fundamento de nuestra existencia y rebasa toda posibilidad de apropiación exclusiva en la individualidad de cada uno de nosotros. La vida nos vincula radicalmente con todo lo biótico y abiótico, y accede, en el ser humano, al estadio evolutivo de la conciencia intencional que permite la posibilidad de pensarse a sí misma y de asumir la elaboración de su devenir, confiando su suerte en las decisiones responsables y libres-relacionadas de cada hombre y de la colectividad humana.

La bioética, al igual que el conocimiento científico y tecnológico, se va construyendo socialmente, de acuerdo con las circunstancias políticas, económicas y sociales, y lleva la impronta de cada época, de cada cultura y de cada civilización, con lo cual se muestran así sus procesos evolutivos.

El aprendizaje moral es necesariamente un aprendizaje con valor de supervivencia, típico de la especie animal humana y forma parte sustancial de la estructura del *homo sapiens sapiens*. En otras palabras, la supervivencia es agencia de moralidad, en cuanto decanta procesos de conocimiento y de autorreconocimiento del ser humano en el mundo, en actitudes expresivas de estructuras de conciencia que iluminan la toma de decisiones en la vida práctica. La supervivencia humana es el resultado de continuos aprenderes, por ensayo y error, de lo que es bueno y de lo que es malo, de lo que es conveniente e inconveniente, de lo que es aceptable y rechazable, de lo necesario y de lo accidental, como dinámica misma del irse construyendo el ser humano en el mundo, con el mundo y para el mundo.

La conciencia moral va surgiendo como proceso de larga maduración biosocial acompañada de interacciones socializantes que se expresan en conocimiento teórico y práctico. Entendida así, la moralidad es un constructo histórico del individuo que lo va constituyendo progresivamente en “sujeto moral”, mediante el establecimiento de símbolos vinculantes con las experiencias intersubjetivas hasta la articulación de patrones comunes al grupo humano de pertenencia y a su hábitat.

La acumulación de experiencias, tanto del individuo como del grupo social, transmitidas generacionalmente en la memoria colectiva, constituye el bagaje histórico de aprendizaje de saberes de supervivencia, los cuales son simultáneamente valores morales y conocimiento mayor acerca del hombre y del mundo. Todo lo anterior no es otra cosa que lo que llamamos cultura.

La bioética se construye de modo interactivo e intersubjetivo. La interactividad hace referencia a la interacción entre los sujetos y los objetos del conocimiento, que propician tres tipos de experiencias: la experiencia física, mediante la cual el sujeto abstrae las semejanzas y

las propiedades físicas del mundo objetual, del entorno natural, y construye un conocimiento físico sobre el hábitat; la experiencia lógico-matemática, mediante la cual el sujeto abstrae las regularidades de sus acciones sobre los objetos y construye el conocimiento lógico que estructura otra faceta de la comprensión humana sobre el mundo de la vida; y la experiencia entre sujetos, puesto que es en la situación de comunidad con los otros seres humanos como el ser humano se hace humano.

El conocimiento bioético se va construyendo cuando se reflexiona sobre lo socializado y las relaciones emergentes que salen a flote cuando el sujeto gravita en estas experiencias. Las experiencias de tipo físico, en consonancia con las experiencias de tipo lógico y matemático, deben ser complementadas con las experiencias entre sujetos, pues es en la medida en que el sujeto entiende y comprende a los demás sujetos como se hace sujeto él mismo, con referencia ineludible a su hábitat. El proceso existencial de apropiación del yo subjetivo no es una simple acción personal, sino fundamentalmente un trasunto ecológico global de interrelaciones y reciprocidades con todos los seres del entorno humano y ecológico.

Interactivo es también el conocimiento en la medida en que tiene en cuenta que el aprendizaje moral con valor de supervivencia no es dable exclusivamente desde la sabiduría popular, sino que tiene que poner hoy en día en diálogo todas las disciplinas científicas pertinentes al caso de estudio, en búsqueda de “constructos sociales valorativos”, es decir, valores de fuerza moral reconocida socialmente que conduzcan a una vida mejor y feliz.

La intersubjetividad hace referencia a la interrelación del sujeto con otros sujetos puestos en las diferentes situaciones que se presentan por vivir en comunidad. En este espacio de socialización, cada vez más complejo en las sociedades heterogéneas, pluralistas, multiculturales y de comportamiento liberal, el individuo humano comparte su propia experiencia social y contribuye a la construcción del conocimiento en la medida en que aporta permanentemente, a través de un diálogo movilizador, el conjunto de interrogaciones, interpelaciones, justificaciones, sugerencias y contrapruebas que dinamizan e intensifican los procesos de convivencia como valores surgidos en dicha interacción compleja. En este sentido afirmamos que los valores morales son “constructos

sociales”. En otras palabras, los valores son creados por los individuos para poder vivir en comunidad y, a su vez, estos se encargan de construir dinámicamente a la comunidad que los creó.

La intersubjetividad propuesta por la bioética implica un ejercicio social de su convicción racional en el cual se deben aceptar unas “reglas de juego”, a modo de directrices o consensos sociales normativizados por la autoridad competente y no de imposiciones constantes. El ejercicio social crítico-divergente es, a su vez, un indicativo de la existencia de grupos refractarios a los consensos bioéticos, lo cual da lugar a nuevas búsquedas y a la formulación de nuevas hipótesis. De este modo, la intersubjetividad se construye a partir de actitudes de lo razonable y lo empírico en búsqueda de una objetividad intersubjetiva que admite disensos; esta, por principio, no va a estar terminada porque nuevos hechos modularán nuevos discursos con los otros saberes y así surgirá un nuevo “deber ser” a partir del “saber ser”, para dar respuestas dinámicas normativas a los problemas emergentes.

Es desde la intersubjetividad y la interactividad donde surge *poiéticamente* el carácter constructivo del conocimiento bioético. Podemos aplicar al caso de la bioética la idea de Piaget según la cual la construcción del conocimiento fáctico no se encuentra totalmente determinada por las restricciones que se pongan a la mente de los individuos, sino que es el resultado de este tipo de interacciones, puesto que este conocimiento tampoco es una copia de la realidad.

Por tanto, el pensamiento bioético se construye cuando se interactúa con la realidad cultural en la cual estamos inmersos y de la cual somos agentes activos y pasivos. Esta construcción se hace mediante la asimilación y la acomodación. Se asimilan actitudes y un deber ser que se debe incorporar a los conocimientos existentes y al ideal íntimo de ser, sin ir en contravía con ellos. Aquí entra el componente de lo volitivo y razonable, que no puede ser impuesto en virtud de que el sujeto debe involucrarse con todo su potencial razonable y emotivo para que se efectúe la acomodación y la asimilación personalizada de los valores morales. En consecuencia, no es dable impositivamente al sujeto.

Aprendizaje moral por ensayo y error

Los juicios de valor propios de la ética se construyen también como aprendizaje por aproximaciones sucesivas, por ensayo y error, frente a riesgos. Hay varios niveles de conciencia en los cuales se barre un espectro epistemológico que se inicia en el sentido común no crítico y debe terminar en el nivel de responsabilidad, en el cual nos vemos impelidos a tomar decisiones que comportan consecuencias positivas y negativas a través del tiempo. De este modo podríamos hablar de instancias o estadios de estructuración de conciencia con periodos de equilibrio y desequilibrios, de constructos sociales históricos de apreciación del riesgo en los cuales se accede a niveles de estructuración superiores sin los cuales no tendríamos ocasión de juzgar.

Para tal efecto, se requiere de una internalización o apropiación razonable del ideal del actuar bioético para establecer las relaciones entre el saber hacer y el deber ser, con el concurso dialógico de varios tipos de conocimientos en un ambiente hermenéutico sapiencial. Introyectar o internalizar el ideal del actuar bioético da lugar a crear actitudes que conducen a deliberar seriamente para la toma de

decisiones “correctas”, es decir, aquellas que reduzcan al máximo la posibilidad del error ante dilemas morales. Es bueno recordar que el riesgo cero no existe y que el error es la condición natural del riesgo en situaciones de azar⁴³. Por consiguiente, toda decisión comporta riesgos y no tomar una decisión es de por sí una decisión.

De esta manera el conocimiento bioético también requiere de un proceso de maduración y decantación para que se den realmente la internalización y unas mejores condiciones morales para poder afinar el juicio valorativo que evoluciona históricamente en aprendizajes por ensayo y error. Más en nuestros tiempos, propios de la sociedad del conocimiento, que afianza su seguridad en fundamentarse exclusivamente en sí misma, en la razón especulativa, y no en argumentos de autoridad ni en tradiciones morales. Esto refleja una profunda analogía de la ética y la moral con la construcción del conocimiento

⁴³ “El riesgo es la medida, la determinación limitada del azar según la percepción social del riesgo; surge como el dispositivo de racionalización, de cuantificación, de metrización del azar, de reducción de la indeterminación, como opuesto del *apeiron* (lo indeterminado)”. Beriaín, J. Prólogo de *Las consecuencias perversas de la modernidad*, Anthropos, Barcelona, 1996, p. 9.

científico y matemático. Quien trabaje en ética debe conocer los obstáculos epistemológicos y sociales que han sido históricamente superados en el avance del conocimiento ético, lo mismo que las revoluciones éticas para construir sobre bases sólidas las nuevas propuestas.

Pertenece la bioética al acervo de la memoria colectiva, transmisible por los procesos de la enseñanza, del aprendizaje y de la evaluación de los dos anteriores. La bioética no es otra cosa que el reflejo en la interioridad humana del *ethos* propicio de la vida, con el cual se establecen las justas relaciones ecosistémicas del hombre con su entorno social y natural.

El concepto de ética proviene del *ethos* griego, en cuanto estructura un carácter específico del actuar humano para su exitosa supervivencia en la misma dinámica que establece la lógica de la vida en los ecosistemas. Dar el paso de lo ecológico a lo ético es buscar las íntimas relaciones que existen en los procesos vitales que articulan la biósfera sin caer en un “naturalismo o biologismo” que condicione la libertad humana a las leyes biofísicas, sino que aprendiendo de ellas, crezcamos en el ejercicio de la

libertad en coherencia con la naturaleza, para bien del hombre y de la naturaleza, a sabiendas de que el hombre es naturaleza que deviene en cultura. O dicho de otra manera, el ser humano es la conciencia que la naturaleza tiene de sí misma.

Sin sabiduría no sabemos qué hacer con el conocimiento

La fuerza de la bioética depende de dos instancias que configuran el conocimiento: las tecnociencias y la sabiduría. Las tecnociencias se ocupan de saber cada vez más acerca del mundo y del hombre, con un interés descriptivo-analítico de la realidad y transformador de ella, en búsqueda de mejorar la calidad de vida como dialéctica misma de supervivencia. Las tecnociencias definen sus objetos de estudio, sus métodos y sus horizontes de quehaceres como condiciones de posibilidad para la obtención de sus intereses.

La sabiduría es un saber también experiencial acerca del mundo y del hombre, con base en un interés de tipo emancipatorio, que se ocupa de atender las contingen-

cias humanas y responder a ellas con propuestas de sentido existencial, con voces de aliento para superar toda desesperanza y, por lo tanto, sus métodos y objetivos se ubican más en las interrelaciones constructivas del sentido de la existencia en perspectiva trascendental que en particularidades de aquella. La sabiduría se vale de aspectos muy humanos para entender lo humano y para dinamizar el proceso de humanización que es, a la vez, proceso de espiritualización.

Los modos sapienciales de conocer son de tipo pragmático, intuitivo, emocional, afectivo, estético, ético, moral y religioso. Le es propio a la sabiduría dar respuestas ágiles a los interrogantes de la experiencia humana inmediata y hacer que dichas respuestas se justifiquen en un sistema simbólico tradicional que avala la concatenación de las conquistas de supervivencia hechas al interior de los valores morales articuladores de una cultura determinada. En la sabiduría reposa la capacidad de resiliencia del individuo y de la comunidad, es decir, capacidad adaptativa, que viene acompañada por la capacidad de anticipar o visualizar futuros para prevenir los riesgos y establecer mecanismos de control.

En dichos sistemas simbólicos, cada individuo humano es asumido como miembro moral de una comunidad y se convierte en sujeto pasivo y activo de una jerarquía de valores articulantes y vinculantes a un grupo social. Es propio del conocimiento sapiencial establecer hitos comunitarios que reproducen y festejan aquellos modos exitosos de supervivencia que dan identidad a la historia de dicha comunidad. El mito, la leyenda, los ritos, las fiestas, las epopeyas, la música, la danza, las expresiones artísticas y religiosas pertenecen a dichos hitos que eslabonan el devenir histórico de un pueblo.

La bioética, entonces, fecunda el conocimiento tecnocientífico con el sapiencial para que las ciencias se hagan con conciencia. Porque ciencia sin conciencia es la ruina del hombre. A la vez, la bioética fecunda lo sapiencial con lo tecnocientífico para que los procesos culturales se enriquezcan con los datos de las ciencias empírico-analíticas. De esta doble fecundación surge una nueva manera de entenderse el hombre y de asegurar su futuro estableciendo justas relaciones al interior de su especie y de esta con el hábitat.

Sin sabiduría no sabemos cómo educar y comunicar el conocimiento

El educador ha de entender que la ciencia y su enseñanza no son éticamente neutros. Que siempre existen compromisos valorativos sapienciales tanto en el proceso de construcción del conocimiento tecnocientífico como en la comunicación del mismo y sus aplicaciones prácticas.

La vinculación de la enseñanza de las ciencias con la formación ética y social de los alumnos es un imperativo moral irrenunciable, porque no se forman estudiantes en abstracto sino seres humanos que tendrán responsabilidades consigo mismos y con los demás. De este modo, la formación en bioética es medida de la supervivencia de la especie y del planeta. En el caso ideal, la bioética no debe ser simplemente una materia más en el currículo, sino que es consustancial a la formación de los estudiantes en todas las asignaturas. Pero el caso ideal dista mucho del caso real. Hay varias razones para ello.

Generalmente, los profesores no se han formado integralmente y no saben cómo llevar a la concreción una

formación en ciencias naturales en un horizonte bioético. Segundo, el docente ve muy lejano este tipo de responsabilidad y considera que es en las clases de moral, religión o ética donde se debe enseñar, porque imagina que las ciencias por naturaleza son valorativamente neutras y que su misión queda satisfecha con el mero impartir conocimiento disciplinar; acciones de este corte dejan sin soporte teórico-práctico a la bioética desde la cotidianidad de las otras disciplinas. Esto último es un obstáculo de tipo social para la implementación de la bioética en la práctica docente.

La fortaleza epistemológica de la bioética exige que su abordaje sea interdisciplinario, hermenéutico y sapiencial, porque no es viable reflexionar moralmente sobre los productos del conocimiento desde lo abstracto ni desde la particularidad de una sola disciplina. La bioética se objetiva en la acción de la intersubjetividad que emerge en la interacción dialógica entre todos los miembros de la sociedad del conocimiento. Por ende, no puede ser relegada a unas horas en el currículum. La bioética acompaña la búsqueda de currículos profesionalizantes más cortos y con enfoque interdisciplinario, más flexibles,



Invierno cruel
Óleo sobre lienzo, 80×60 cm, 2015

más cercanos a las destrezas y habilidades esperadas por el mercado laboral nacional e internacional. Currículos centrados en el estudiante más que en el profesor, en el aprendizaje más que en la enseñanza.

Por todas estas razones anteriores, es necesario impulsar la formación, de manera explícita e intencional, de aquellos valores dinamizadores del proceso de humanización, los cuales incrementan el crecimiento de la autoestima en íntima relación con el desarrollo de la libertad, para la convivencia armónica con el entorno social y natural. Este conjunto de valores bioéticos se ocupa de saber sapiencialmente cada vez más acerca de qué es la vida y de cómo vivirla con calidad y con sentido.





La preparación editorial del tercer número
de la colección *estéticas* estuvo
a cargo de Ediciones Universidad Central.

Se utilizaron en su composición fuentes ITC Goudy Sans Std
y Helvetica Neue LT Std. Se publicó en marzo de 2020,
en la ciudad de Bogotá, D. C., Colombia.